

Dos Ases de Ampurias



Luna de las máscaras

de Elisabeth Mulder

En el siglo XVII los abogados que defendían al Municipio en la causa derivada de las pretensiones señoriales del Monasterio de San Feliu de Guíxols, aducían entre otras pruebas y razones que la entonces ex-villa había existido mucho antes de la venida de los Monjes y que en el Peñón dels Guíxols había, además de ciertas murallas, unos pozos o aljibes de gran antigüedad. Ocioso es agregar que en los días de nuestro recuerdo la noticia de tales pozos cubiertos por las tierras y los matorrales y que fueron señalados por los letrados del siglo XVII, habíase perdido por completo, es decir, nadie o casi nadie pensaría en la posible preexistencia del gran yacimiento arqueológico que más tarde debía arrojar un intenso y brillante reflejo acerca de la historia de la localidad en la Edad Antigua.

Cuando se formó el camino llamado Calle del Salvamento que iba desde la Rambla del Mar a la Caseta del Salvamento de Náufragos, debieron dar los obreros con alguno de aquellos pozos (que luego resultaron ser tumbas) pero a buen seguro nadie paró mientes en ello, si bien merece especial mención un As de Ampurias que fué recogido y que pasó a manos del erudito guixolense Don Agustín Casas, siendo considerado simplemente como pieza extraviada a pesar de haberse encontrado esta moneda entre fejas romanas, según lo que algún tiempo después afirmaba dicho señor. Tratábase, en efecto, de un As de Ampurias, muy parecido, si no idéntico, al que se refiere el Sr. Pella y Forgas en su Historia.

Pero el dato decisivo y que dió origen a los grandes descubrimientos que le sucedieron, fué el hallazgo de otro As, ocurrido en Octubre del año 1.903 en el propio Peñón dels Guíxols. Trabajaba por entonces la brigada municipal en un punto próximo a su arranque y en el extremo occidental, en el lugar denominado La Cantera, puesto que de él se extraía la piedra necesaria para el afirmado de las vías de la población, a la par que iba abriéndose poco a poco la proyectada Calle de Colón que cruzando de O. a E. había de poner en comunicación en línea recta la gran concha con la ensenada de Calasans. Al hacer explosión uno de los barrenos cayeron desde gran altura con la piedra descuajada gran cantidad de fragmentos de vasijas de barro y, revuelta con ellos, una moneda de cobre que recogió el obrero Justo Zaragoza. Este, con el afán de encontrar monedas a su juicio de más valor, volvió apresuradamente al lugar de procedencia advirtiendo la aparición de una especie de silo medio vaciado y hallando solo dos anforitas como de tres palmos de altura comprobando con gran desilusión que estaban llenas de arcilla. Burlado Zaragoza en sus ilusiones, arrojó las anforitas al precipicio, y luego regaló el As al entonces Síndico del Ayuntamiento D. Ramón Vila. Sabedor del hecho el ilustrado Archivero Provincial de Tarragona, D. Eduardo González Hurtebise, gran amigo y admirador de nuestra ciudad a la que venía con cierta frecuencia para dedicarse al estudio de su archivo municipal, y después de haber este señor examinado el hermoso As de Ampurias, apresurose a reconocer detenidamente el silo de que se habló, llegando al convencimiento de que era éste un sepulcro labrado en la roca. Aferrado el Sr. González Hurtebise a la idea o a la conveniencia de que se iniciaran algunas excavaciones, no le costó mucho convencer al Ayuntamiento en tal sentido, y este último puso seguidamente la brigada municipal a disposición de quien con gran celo científico y el mayor entusiasmo se prestaba a intervenir en aquella primera serie de trabajos gracias a los cuales fueron exploradas

Esta última novela de la meritísima escritora Elisabeth Mulder, cuyo título es ya pregón y augurio del contexto, es una nerviosa plasmación de la tragicomedia de la vida. Muñecos o personajes, los hombres salen a escena ocultos tras la primera máscara que encontraron en su guardarropía. Algunos de ellos, morbosamente fieles a la máscara elegida, descubren pronto su personalidad, por obra y gracia de su ficción. Otros, cambian de máscara continuamente, desconciertan al espectador y amagan su carácter en las dudas sugeridas. Otros actúan sin máscara, caracteres puros, y no obstante el público se empeña también en averiguar que es lo que esconden, cuando en realidad, no ocultan nada.

¡Es peligroso desnudar a los hombres, arrancarle sus máscaras. . !

Hay quien presiente el peligro, y sigue el juego. Hay quien no desea jugar, y se arriesga. Pagará con la muerte su temeridad, como si cada máscara fuese un secreto de los dioses.

Este es, en síntesis, el tema de la obra.

El temerario es el protagonista de la novela, el escultor Marcos Sandoval. El artista que cobró fama por su arte en caracterizar a una persona, en descubrirla, en desnudarla, por una simple máscara. Su colección de máscaras es famosa. Los retratados se sobrecogen ante ellas, como ante el espejo de sus soledades. Pocos escapan a su agudeza. Sólo, Natalia, su mujer, personaje de mil máscaras, ha conseguido burlar su penetración, y sigue para él y para todos un misterio indescifrable.

Descorrido el velo del misterio, la desnudez fría y amarga desencadenará aires de tragedia, que disolverán primero la frívola fiesta de los Sandoval, para arrastrar en la noche de una carretera automóviles veloces y miedos rezagados, en la ficción de una comitiva alegre, pero en ruta loca, hasta su cita con la muerte.

Pagó el temerario con su vida la ira de unos hipotéticos dioses.

La acción discurre rápida, en presente, y aunque necesariamente no faltan pequeñas excursiones al pasado, para la mejor comprensión de los caracteres, la novela no pierde su ritmo de urgencias.

El estilo, cual corresponde a la acción, es nervioso, con hipos y pausas. Arteramente rebuscado, en su sobriedad, con ramalazos alucinados. No, precisamente bello. Tampoco, la obra. «Luna de las Máscaras», en su concepción y estilo, es una tela de «arte otro» en el campo literario. Ensayo hacia el cual se ha lanzado Elisabeth Mulder, pintando sin pinceles, el clásico esbozo que bautizó con el nombre de «La medusa dormida», en uno de sus primeros libros de narraciones.

L. d'Andraitx

«Luna de las máscaras». Editorial AHR—Barcelona. 1958.

cinco tumbas, quedando demostrada la extensión mayor de la antiquísima Necrópolis guixolense.

La segunda tanda de excavaciones fué más completa y adquirió como la anterior un éxito muy lisonjero. Contribuyeron a los gastos el Rey D. Alfonso XIII, la Diputación Provincial de Gerona, el Gobernador Civil de la Provincia, numerosos particulares de la población y el Ayuntamiento de la misma, acaso con mayor suma de lo que permitían sus escasas fuerzas.

Según lo que se refiere en un precioso manuscrito que nos legara el estudioso arqueólogo, fueron treinta y cuatro las tumbas descubiertas en aquel peñón pobre y arrinconado. Y aquellos famosos dos Ases de Ampurias habían venido majestuosamente a dar hace medio siglo en la Necrópolis del Fortim con los más antiguos testimonios de la historia de esta localidad.

J. Soler Cazeaux.